

Entre Los clandestinos y El perseguido : (en el centenario de César A. Candanedo, 1906-2006)	Título
CELA, Centro de Estudios Latinoamericanos Justo Arosemena - Compilador/a o Editor/a; Vásquez, Margarita - Autor/a;	Autor(es)
Tareas (no. 125 ene-abr 2007)	En:
Panamá	Lugar
CELA, Centro de Estudios Latinoamericanos Justo Arosemena	Editorial/Editor
2007	Fecha
	Colección
Biografías; César A. Candanedo; Panamá;	Temas
Artículo	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Panama/cela/20120718103702/clandestinos.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



CULTURA

ENTRE *LOS CLANDESTINOS* Y *EL PERSEGUIDO*

(En el centenario de César A. Candanedo, 1906-2006)

Margarita Vásquez*

Nueva Sociedad, N°202, marzo-abril 2006, revista latinoamericana, se publica bimestralmente en Buenos Aires, Argentina.

No hay mejor homenaje al escritor César A. Candanedo que concurrir con quienes han leído sus libros y con quienes los han examinado para señalarle a quien supo del valor de las palabras el puesto relevante que le corresponde dentro de la narrativa. Interesa agregar luces, canales, riego a la interpretación de su obra, merecedora de una posición de privilegio en la relación de los textos literarios en Panamá porque es una de las que anuncian temas que se repiten una y otra vez cuando nos preocupamos por el entorno nuestro.

Según lo anterior, forma parte del homenaje advertir que los asuntos por él seleccionados para producir nuevos sentidos literarios o han sido inscritos en el imaginario o en una parte específica de la memoria social o constituyen una porción importante de los problemas básicos de los panameños y, por lo mismo, están todavía en las noticias de los periódicos.

*Profesora de Español y Directora del Departamento de Cultura de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá.

cos en este mes de mayo del 2006, muchos años después de la publicación de sus novelas. Parece que aquí giramos alrededor de los seres humanos que emigran (por lo tanto, de las fronteras), de la situación de los indígenas, de la relación del hombre con el agua y la vegetación y de las ampliaciones del canal; y, a la par, les damos la vuelta a otros muchos asuntos que son jóvenes y de actualidad .

Escritor por vocación, la narrativa de César Candanedo deja constancia del fluir de la experiencia lograda en el desempeño de su trabajo como funcionario en salud pública en el Istmo en buena parte del siglo XX, porque ese trabajo lo comprometía a viajar por los más apartados rincones de la República. De este modo, no sólo el paisaje sino el ser humano con sus modos de pensar fueron sus motivaciones para dar testimonios que no son crónicas rojas, sino creaciones que vienen de adentro, donde “el que sabe” ejerce su derecho a soñar. Con un claro empeño de conocerse a sí mismo dando a conocer la “otra” realidad, la de la novela, traspasaba los límites de lo razonable según quienes tomaban sus ideas y representaciones por reales. Pero en sus novelas examinó, provocó, estudió las circunstancias que concurrieron en diversos momentos y espacios panameños, relacionadas con sistemas coloniales e imperialistas instituidos en detrimento de la gente más humilde (o de la más instruida), según la selección de sus asuntos y sus puntos de vista. Así, se lanza a convencer a los lectores de que deben mirar el acontecer con una perspectiva que responda al signo de sus tiempos y, en su último libro, combate el miedo que puede embargar al hombre en su circunstancia, de modo que crea un personaje valiente para que busque soluciones y para que promueva el cambio.

De la lectura de sus obras se desprende una concepción de la cultura que no es solamente suya sino que se extiende de diversos modos entre nuestros escritores a partir del final de la década de 1930 y por la década de 1940, y que toma forma propia, con sus propias particularidades, sobre la base del pensamiento filosófico y político (incluso el étnico-lingüístico) que corría por aquellos años a partir del pensamiento de los intelectuales franceses: existencialistas que revelan conflictos entre los seres humanos trascendidos por los otros; y

marxistas que magnifican las condiciones sociales como limitadoras, precisamente, de la libertad.

En la obra de Candanedo, los contenidos semánticos de algunos de sus títulos (la ruptura de la ley, la frontera, la clandestinidad, la persecución y también la cerca) se complementan y cohesionan con el asunto del viaje. Se viaja a las entrañas de una selva que sufre para descubrir los tumores de la civilización; se viaja tras la inundación del lago Alajuela con dirección hacia el poniente (donde se ubica la tierra “prometida”) para llegar a los otros límites que crean los intereses y la ambición; y se realiza el viaje de regreso, perseguido, para recobrar, con el agua, el señorío sobre sí mismo. La construcción de un canal en *El perseguido*, bajando la cuesta, atravesando las propiedades de los vecinos sin moverlos de su tierra adquiere el carácter de símbolo del valor que tienen el hombre y el agua, porque, precisamente, un viaje es también el agua que se conduce por un canal desde un manantial para el consumo de una población.

Todo se articula mediante procedimientos literarios para comunicar literatura a los lectores en la totalidad de una obra que se hace compacta mediante la aprehensión de un viaje en el que el lector que mira a su espalda, sabe que no es posible regresar a una selva indígena que ya no existe; o que es inútil invocar a los dioses telúricos pues, como el volcán, duermen. Es el “perseguido”, saturado de contenidos profundos, quien, con la participación del saber, consolida la cooperación humana. Quien piense o hubiera pensado que en este trabajo no ha habido artificio está equivocado, como veremos. Incluso la ambigüedad que introducen las narraciones folclóricas injertadas y la incertidumbre que provocan algunos modos regionalistas de hablar (que se intercalan en el discurso literario del narrador y que constituyen un tesoro para el lingüista) son expresiones que tienen el poder representativo de señalarnos el entredicho en el que se encuentra el que está en la frontera.

Que quede claro, entonces, que la realidad observada, la experiencia, se convirtieron en estímulo (en pre-texto no en texto) para su creación literaria. Nacido en Chiriquí, vivió 87 años, de 1906 a 1993, y su período de producción literaria corrió, probablemente, durante cincuenta años por lo menos,

pues cuando en 1948 obtuvo por primera vez el premio Miró, ya se sabía que era un escritor maduro que se había dado a conocer bajo el seudónimo de Bachiller Carrasco.

Una rápida revisión de los títulos de su narrativa le muestran al interesado la coherencia interna de sus contenidos ideológicos.¹ Están basados en dos ideologemas señalados por Ricardo Segura² como elementos del perfil que singulariza el mundo literario panameño: la protesta social y el fortalecimiento de la identidad. Se presupone en la obra de Candanedo una confrontación entre dos visiones específicas de la sociedad: una, basada en el valor no privativo, esencial e íntimo que le dan a la tierra y a la naturaleza quienes la viven en su natural plenitud y en comunicación con ella; otra (con la cual se confronta), según la cual la tierra es propiedad de quien tiene el poder y el dinero, de modo que se divide, se inunda, se compra, se degrada o se persigue para satisfacer finalidades desarrollistas (guerrerristas), para incrementar la riqueza de algún recién llegado ávido (porque incluye recién llegados que no lo son) o para satisfacer venganzas políticas. En la confrontación textual quedan caracterizadas dos tipos de voces: las detenidas en el limen de la sociedad ciudadana (algunas entrecortadas y aparentemente incoherentes, pero entre las que se escucha una voz distinta: la del que sabe) y las voces de los “otros”, para quienes no cuentan ni la comunidad ni el entorno natural porque lo único que tiene valor es la riqueza, la comodidad o el poder propios.

La primera novela de Candanedo, cuyo título original fue *Fuera de ley*, ganó el segundo premio de la sección novela del Premio Ricardo Miró (1948-49), y fue publicada casi diez años después, en 1957, con el título de *Los clandestinos*. En febrero de 1949, después de haberle sido asignado este premio a Candanedo, Rodrigo Miró, refiriéndose al género novelesco³ y a los narradores⁴ que comienzan a publicar a partir de 1937 con gran energía, entre los que está Candanedo, señala lo que a continuación resumo⁵:

- los escritores de este período asumen la función social de la literatura,
- escriben por propia voluntad y como aprendizaje previo a cualquier tentativa de transformar la economía y la política,

- se entregan a la tarea de conocer el hombre y el paisaje nativos,
- en su obra se integra la geografía espiritual del país,
- escriben con deliberada aspereza,
- una finalidad revolucionaria los inclina a ofrecer la visión menos placentera de la vida panameña,
- en su conjunto, esta obra vibra de simpatía humana y de fe en los destinos de nuestro pueblo,
- la literatura es considerada por este grupo como método de conocimiento, voz de protesta y anhelo de justicia,
- todo esto es parte de un movimiento colectivo, en cuya entraña crece la decisión de afirmar la nacionalidad.

Si me he detenido en estas consideraciones de Miró es porque considero que le convienen, con toda honradez, a la ubicación, dentro del sistema literario panameño, de la obra de Candanedo en aquellos años, de José María Sánchez, de Ramón H. Jurado, de Carlos Francisco Changmarín, de Joaquín Beleño, de Mario Augusto Rodríguez.

Cuatro años después de la introducción a *El cuento en Panamá* de Miró, en 1953, con motivo del Cincuentenario de la República, *El Panamá América* publicó en una edición especial el ensayo de Ramón H. Jurado titulado *Itinerario y rumbo de la novela panameña*.⁶ En este trabajo, Jurado incluyó a César Candanedo entre los cuentistas que, según su juicio, buscaban en la circunstancia rural los elementos novelescos. De estos ruralistas (a quienes algunos llamaron despectivamente cutarreros) se había dicho que al proponer la vuelta al campo olvidaban la universalidad como eje de la creación literaria y que, además, le ponían límites a sus asuntos. Jurado respondió que, junto a los asuntos (que sí enfocan un tipo de hombre), debía observarse el aliento imaginativo que los caracteriza, el uso de la metáfora, el brillo de la palabra y de la frase y los esporádicos tributos a la psicología, todos elementos relacionados con la estética. Además, anunciaba que era una tendencia pasajera de las ideas.

Lo interesante de esta discusión en el campo literario es que durante los años 30 y 40 (como he observado en otro trabajo) no solamente en la literatura, sino también en la música, en la pintura y en la escultura floreció entre los intelectua-

les y artistas en Panamá la decisión (en la que, en el fondo, se descubre un cariz político) de recoger, recuperar, dejar constancia de elementos culturales generalmente reconocidos como propios por los panameños, y de tomar estos elementos culturales como apoyo para la creación, contraponiéndolos, implícita o explícitamente, a los elementos culturales norteamericanos que invadían poco a poco, desde la Zona del Canal, los modos de la ciudad. A los intelectuales y artistas de aquel momento perteneció, sin duda, César A. Candanedo.

Ismael García, un poco después, en su *Historia de la literatura panameña* (1964), consideró que Candanedo “pinta cuadros del natural sin reparar en la desnudez de los temas ni en la crudeza del lenguaje” y más adelante expresa:

Denuncia el autor una situación de miseria física y moral que tiene por centro un rincón casi abandonado de la nación⁷ panameña, donde el capitalismo ejerce una acción incontrastable.⁸

El uso de “reparar”, “desnudez” y “crudeza” me hace preguntarme cuál era el significado que les aplicaba Ismael García a estas palabras en el contexto de su crítica. Me parece que dice que Candanedo no advierte, no nota, no se detiene a reflexionar en que los temas seleccionados, que son reproducción directa de la realidad, son pobres, escasos, indigentes (como la misma gente que pulula entre las líneas de las novelas de Candanedo) y que el lenguaje es áspero, que no tiene la belleza necesaria. Más adelante García, le da a la obra la categoría de “denuncia” de la miseria en que vive Darién debido a la permisibilidad de una “nación” (no de los gobiernos) que se deja dominar por “el capitalismo”. Con anterioridad, como vimos, Miró había expuesto algunas razones relacionadas con esa manera de escribir “áspera” del grupo de escritores que en la década del treinta insurgía en la literatura, con una inclinación, por afanes revolucionarios, a los temas menos placenteros de la vida en Panamá.

Con razón, si así había sido la evaluación del profesor García, acoge las consideraciones del Dr. Baltasar Isaza Calderón, quien expresaba:

No es ésta, sin duda, no puede ser, la visión integral de esa comarca (Darién), que brinda, entre otros aspectos, ancho margen a la redención y la esperanza. Mas Gil Serrano (seudónimo del autor-Candanedo), prefiere, con evidente sentido de rebeldía social, recargar las tintas sombrías, y nos ofrece de tal modo una réplica panameña del tétrico huasipungo ecuatoriano.⁹

Tanto García como Isaza Calderón, éste último con mayor fuerza, manifiestan una recepción fría de la obra de Candanedo porque, según me parece, sostienen su crítica en un prejuicio político: el autor es de izquierda, de allí la alusión a *Huasipungo*, la obra de Jorge Icaza, en la que los indios provocan repugnancia y no solidaridad. Por mi parte creo que asignarle el carácter de “denuncia” a la novela de Candanedo y una sola intención de repudio político empañaba su mérito literario. Sobre el particular, expresa el mexicano José Mancisidor en algunas palabras preliminares a la edición de la Librería Selecta: “Repito: no se trata de un mal discurso ni de un panfleto político, sino de una novela dura, de aristas filadas, capaz de herir con herida profunda la conciencia humana si ésta, como con frecuencia sucede, no se ha convertido en roca.”¹⁰

Muchas lecturas de la obra se pueden hacer. Creo que *Los clandestinos* se puede leer como una denuncia de las angustias de las personas más desprotegidas de la sociedad, o a favor de algunas corrientes políticas, o contra los malos gobiernos, o como cotejadora de la civilización y la barbarie, pero, para esta lectora, esta vez fue más allá. Descubrí en la obra de Candanedo toda (no sólo en *Los clandestinos*) un hondo sentido ecológico. Me pregunté: ¿Se pueden negar que, además de los sufrimientos, se observa en las novelas una cruel destrucción de la naturaleza? ¿Hay un dislocamiento en la relación entre los grupos humanos y su ambiente físico y social? ¿Son estos asuntos totalmente nuevos y desconocidos por mí porque nunca han sido mencionados en los discursos periodísticos o históricos o sociológicos? Cada lector, que busque su respuesta. Yo, acostumbrada a la literatura, tuve que confesar que la ficcionalización de la realidad se ha mantenido gritando en las novelas de Candanedo (y acepté que, también, fuera de ellas), sin tregua, por más de cincuenta años, sin que haya alguna fuerza limpia (como la de Cruz Albán o como

la de Gabriel) que se aventure a hacer verdaderos y más amplios cambios. Llegué a la conclusión de que hay que leer más a los escritores nuestros, porque *el saber, más el sentimiento, más el pensamiento* puestos en acción por los discursos literarios pueden saturar de contenidos profundos a la sociedad. En *Los clandestinos*, como si fuera un texto científico se intenta probar algo. Se comprueba, por ejemplo, que las guerras no solamente destruyen con bombas atómicas, bombarderos o torpederos, sino que los pueblos guerreros hurtan a la naturaleza y a los otros pueblos sus riquezas cuando ocupan, talan o escarban sus recursos naturales. Se analiza en los niveles sociales inferiores las incursiones de fuerzas económicas inmoderadas. En el análisis se observa el desconocimiento del derecho a trabajar y ser remunerado y a una mejor vida de quienes realizan el trabajo plebeyo por lo áspero, peligroso o mortal. Así, en este examen del mundo de “los clandestinos”, espesura vegetal, árboles inmensos, variedad animal, hombre natural mueren o se ahogan abandonados por los gobiernos en manos de funcionarios corruptos, de las grandes compañías transnacionales o nacionales ya se llamen éstas madereras, canaleras, fruterías o guerreras y, con ellos, mueren la tierra y ¡ajo! el agua. Esta es, si así se le quiere llamar, la denuncia del escritor Candanedo: un desbalance en la relación entre los grupos humanos y el ambiente; un desequilibrio ecológico. Esta denuncia, sin embargo, no destila un sentido trágico a pesar de que la venganza ronda (y hago notar que éstas son técnicas literarias). En todas las obras de Candanedo hay una proyección hacia el futuro, que será exitoso si saben sentir y pensar solidariamente los personajes acerca de sí mismos y de la naturaleza magnífica que los rodea, incluyendo a los más y a los menos humildes en la escala cultural, social o económica.

Los clandestinos tiene tres partes: “La cacería de hombres”, “Los clandestinos” y “El corte”. Los chochoanos que cruzan la frontera de Colombia por el Darién, los indios y las autoridades conforman personajes colectivos que viven en aquella lejana región por los años de la segunda guerra mundial y que se encuentran subordinados a tres fuerzas económicas que exprimen al hombre: la compañía maderera, los compradores de plátano y The Rubber Co., empresa estado-

unidense dedicada a explotar el caucho con urgencia por causa de la segunda guerra mundial.

En “La cacería de hombres”, la lancha sube por el río en busca de los “clandestinos”, que han cruzado la frontera entre Colombia y Panamá por la selva del Darién tras *la tierra de las especias* que, en aquel momento, es el Canal “con su mítico torrente de dólares”. La misma embarcación baja cargada de presos “clandestinos” que serán sometidos a un trabajo esclavo. En el segundo capítulo, la vida en el pueblo, la llegada del barco bananero, el trabajo en la selva, los acuerdos para la cesión de los trabajadores a la empresa norteamericana. En “El corte”, el motor sube por el río y anuncia a los indígenas el corte de los platanales en el espacio darienita. Al final, los nativos prefieren acogerse a la barbarie protectora de la selva y remontan los ríos, selva adentro. Este es el asunto.

Una larga paradoja recorre la clandestinidad, pues ésta implica una actividad ilegal que aprovechan las “autoridades legales” para actuar ilegalmente no solamente contra los “ilegales” sino contra los indios. Esta actividad “legal” solamente cede al surgir un conflicto de intereses con el competidor que es la todopoderosa empresa norteamericana, con la que llegan los soldados y el servicio de inteligencia. Hay una especie de “jerarquización” de intereses cuyo nivel inferior, el de los clandestinos y los indígenas, es el único que encierra un sentido humano por lo patético, por los intentos de comunicación frustrados, por un sometimiento grave al otro (a quien los indios llaman “libre”, lo que implica, en oposición, su propia esclavitud), aunque hay identificaciones de “otra” justicia y amenazas de venganzas entre los campesinos; y, finalmente, un sentido humano, como venía diciendo, por el desarrollo de un humor paradójico que hace que los caucheros lancen ¡vivas! a Hitler, enardecidos, seguros de sí mismos en virtud del licor. Sin embargo, y continuo con la paradoja, también el gringo Eduard siente (condición humana según corrientes existencialistas) “una poderosa presión emotiva, agitado por una ansiedad vieja y huérfana...” que las relaciones sexuales no pueden satisfacer.

Al final, parece que la novela se cierra en sí misma cuando se anuncia un destino común para la selva y para los indígenas, con un tenue toque de esperanza (¿o desesperanza?).

Según mi percepción, es en la segunda novela, *La otra frontera*, cuando surge un personaje fundamental para darle forma a esa esperanza: “el que sabe”.

En 1998, Franz García de Paredes, quien publica la antología *Panamá: Cuentos escogidos*¹¹ en la que incluye el cuento de Candanedo “El cerquero”, reconoce que la generación a la que pertenece el escritor chiricano postula “una extensión de los criterios mundonovistas del americanismo y nacionalismo literarios¹²”. La inclusión de “El cerquero” en la antología es una acción que lo señala como hito dentro del panorama de la evolución del cuento en Panamá, por la amplitud de la obra antológica de García de Paredes y por las reconocidas condiciones de sus conocimientos literarios.

En “El cerquero” (1967), cuyo centro estructural son las acciones, el comportamiento, los discursos, los prejuicios de un humilde constructor de cercas de piedra, destacó la capacidad de la narración para mostrarnos cómo los otros discursos de la comunidad (que comparte una base común de creencias) aíslan al cerquero. De allí el epígrafe: “La tierra es ingrata cuando la habitan hombres ingratos”. Este hombre levanta con cuidadosa atención y hasta sentido estético su propia cerca de piedras (mentales) en la que se encierra. Es la imagen del *Isolato*, “que vive por sí mismo en su propio continente”.¹³ Quiere aislarse de las otras personas que no lo comprenden, como tampoco se comprende él mismo. ¿Cómo puede un negro engendrar gemelos ñopos?¹⁴ El robo insignificante del vino de una palma lo empuja irreflexivamente y sin éxito a la destrucción de su propia vida, pero ese estado límite sirve al reconocimiento de los múltiples sentidos que tiene la realidad. Este cuento, según mi criterio, es importante dentro de la obra total de Candanedo por cuanto el creador explica en su creación su concepción de la frontera, de la cerca. Tómese en cuenta que el final promete una satisfacción que se puede reducir así: el que ríe último, ríe mejor. Esta frase sentenciosa ronda, en la obra de Candanedo, el discurso de los humildes. Por eso interesan las narraciones del tío tigre y el tío conejo insertadas en *La otra frontera*.

También en 1998, Yolanda Judith Hackshaw Mathews escribe su tesis de maestría en literatura hispanoamericana sobre la obra de Candanedo con el título de Tipología y fun-

ciones del espacio en la novelística de César Candanedo.¹⁵ Hackshaw se propone una finalidad distinta a la de la crítica anteriormente revisada: describe los espacios cromáticos, telúricos y míticos localizados y demuestra cómo se integran artísticamente para denunciar y proponer reivindicaciones sociales. Además, enfatiza el motivo del viaje como elemento que sirve para configurar funcional y estéticamente la temática, el espacio y el tiempo y los sujetos que se mantienen en tensión dentro de las obras.

Más tarde, el ensayo ganador del Concurso Miró en 2001, *Configuraciones simbólicas: Estudios sobre la novela panameña de la fase vanguardista*,¹⁶ de Rodrigo Him Fábrega, examina la regularidad en la manifestación de los elementos simbólicos y los valores metafóricos y metonímicos comunes traídos por las novelas panameñas que conforman una muestra del período vanguardista, entre las que se incluye *La otra frontera*. Los resultados del trabajo de Him destacan una imagen del canal portadora de un sentido trágico para Panamá a partir del *El tesoro del Dabaibe*, *Plenilunio* y *La otra frontera*. También la obra de Candanedo, junto con *Nalu Nega* y *Tú sola en mi vida* conforman la imagen del viento como representación del alma del mundo o del espíritu de la naturaleza, que se modifica de acuerdo con las condiciones del hábitat, que, en *La otra frontera*, ha sido fuertemente quebrantado.

La recepción de la obra de Candanedo hasta muy adelantado el siglo XX, según lo que hemos visto, enfocó al autor y el contexto externo de la obra. No es sino hasta 1998 cuando se advierte que se ha hecho una relectura de la obra. La primera crítica, a pesar de lo que otros puedan pensar, no se debe desconocer, sobre todo, si se anda tras la identidad, porque el mismo autor como individuo inserto en una situación, un medio y un momento, es productor y conductor de creencias, valores, ideas que son compartidas por su grupo y que identifican y diferencian a ese grupo de los otros sujetos culturales, ya sean de la misma nacionalidad, clase, condición o completamente ajenos. Candanedo, el funcionario de salud pública que viajaba por el Panamá de la época y el escritor, preserva en sus obras los rasgos culturales que identifican al grupo de intelectuales al que pertenece, mostrándolo en una estado de oposición a otros grupos: Candanedo et al. frente a

Ismael García y a Baltasar Isaza Calderón.

Veamos ahora *La otra frontera*, ganadora del premio Miró en 1959 y publicada en 1967.

El asunto de la desocupación humana de las regiones de la provincia de Panamá vinculadas al canal y de la ocupación (y desocupación) de las veragüense y chiricana de la vertiente sur del Istmo que nos relata Candanedo muestra una constante: tanto la construcción del canal como la implantación de la compañía bananera desplazaron en el siglo XX a una población panameña que tenía sus propios mantenimientos, aunque estrechos, y lo hizo reiteradamente. Estos desplazamientos muestran una voluntad del Estado de incrustar estas empresas en la geografía istmeña a despecho de las posibilidades de supervivencia y de crecimiento de los panameños más humildes (a quienes se les ofrecía mucho trabajo en el futuro, pero ¿qué tipo de trabajo?), por lo que, en estos momentos en que se habla de la ampliación del Canal, una relectura de la obra de Candanedo se hace necesaria.

A partir de la construcción del Canal de Panamá en 1904, fueron impulsadas las haciendas ganaderas (algunas en manos norteamericanas) que se extendieron por la reserva guaymí. Era asunto de mantenimientos para la Zona del Canal. Una de las invasiones del ejército norteamericano en la región para la protección de los empresarios norteamericanos ocurre en 1918, y de eso habla *La otra frontera*. En 1920, los guaymíes comienzan a emigrar hacia Costa Rica porque eran desposeídos de sus tierras.¹⁷

A partir, precisamente, de la ampliación de las reservas de agua del canal mediante la construcción de una represa que sujetara las aguas del lago Alajuela (hecho finalizado históricamente en la década de 1930) Candanedo inicia *La otra frontera*, que reflejará esta situación de desocupación, ocupación y, otra vez, desocupación de las tierras. Ya había ocurrido lo de Matachín, Cruces, Gorgona, Juan Grande, San Pablo, Obispo, Tabernilla, Emperador, Culebra, Río Grande, Miraflores y otros: inundación de doce pueblos que ha quedado plasmada en la literatura por Gil Blas Tejeira en *Pueblos perdidos* (1962). En *La otra frontera* se narra esa desgracia cuando toca a la gente de las cabeceras, los rieros que viven arriba de San Juan de Pequeni.

En la primera parte, llamada “El consejero”, los rieros, pobladores de los ríos, salen a buscar en el pueblo de San Juan de Pequeni el cambio del tiempo con el auxilio de Ño Cruz Albán, un sabio natural que conocía el misterio que encierran las palabras, y que, desencantado por la conformidad de los vecinos, muere con las humildes casas que se hunden en las profundidades del agua no sin dejar en el lector la seguridad de que algo sucederá después, pues queda un discípulo: Juan Cancio.

El segundo capítulo, “Falso título español”, es una explicación del modo cómo la ley marcó el deslinde y adjudicación de la tierra (en Veraguas y Chiriquí) desde la época colonial; y, después, alude al problema de la sucesión; de cómo la tierra va mudando de dueño, de cómo se amplían los linderos y se acorrala a los nativos, del surgimiento de los latifundios, en los que, por derecho natural del ganado y del amo, todo era intocable.¹⁸ Finalmente, explica la novela, de estos feudos surgirían, con la Independencia, los gobernantes istmeños, hijos de ley, del matrimonio. Pero, también vendrían los hijos por fuera, injerto de amo y sirviente, y de la lucha entre estos dos herederos, surgirían los nuevos derechos a la tierra.

La tercera parte lleva el nombre de “Aparece un Mister”, y ocurre entre 1914 y 1920. Mr. Palmer llega al espacio ubicado entre Veraguas y Chiriquí dispuesto desde Centroamérica a apropiarse de la tierra y hacer renacer el latifundio (con criterios semejantes a los del Ku Kux Klan). A la par han llegado otros norteamericanos finqueros, entre quienes ocurren muertes misteriosas, por lo que el ejército norteamericano invade la región. Hasta La Tigra, donde buscaron refugio los que salieron de San Juan de Pequeni, llegan los abusos de Palmer, pero Juan Cancio toma en sus manos la venganza y los blancos se retiran.

La cuarta parte se llama “Tierra sin viento”, y el lector recuerda entonces que Cruz Albán hacía que cambiara el tiempo y que tenía poder sobre los ventarrones. Si pudo Ño Cruz detener la fuerza de los vientos (piensa el lector), también puede Juan Cancio, su heredero, en sentido contrario, levantar las ventiscas y los cordonazos cuando sea necesario. La “Tierra sin viento” es una reserva, pero ha sido entregada a la Compañía bananera que, como el latifundio, no acep-

ta fronteras, explica la novela. La Compañía bananera es el otro canal, dice, y el lector infiere que es así por lo que tienen ambas empresas de ofensivo y violento para los indígenas que no pueden responder más que con mansedumbre, enfermedad, muerte. Pero, un buen día, continúa el relato, un vendaval tumbó cien mil racimos potenciales. Se buscó la manera de detener esos fenómenos atmosféricos con hielo seco, pero sobrevino la sigatoca, enfermedad de Panamá, en las plantaciones. Finalmente, para los dueños y administradores llegó la plaga del comunismo y las protestas. El asunto concluye de esta manera: gente como Juan Cancio y el indio Cansari hacen cambiar el tiempo (al modo de Cruz Albán). Finalmente, se borran las fronteras mediante un abrazo solidario.

Hay en *La otra frontera*, me parece, una macroestructura ideológica que la sostiene, en la que destaca, por un lado, el valor intrínseco de la tierra, que no se vende ni se atropella al que la trabaja, sino que se desocupa voluntariamente cuando no hay posibilidades de explotarla; por otro lado, enfatiza el valor del trabajo y la inteligencia del hombre para crear instituciones modernas como las haciendas y no los latifundios coloniales. También aparece esta idea en *Los clandestinos*: el título de la tierra no es para hacer propietario a nadie, sino para certificar un trabajo de producción, y el mejor dueño de la tierra es el que la ocupó primero y la trabaja. Además, realza el valor de la mirada hacia dentro del hombre, hacia su propio reconocimiento como existente. Cruz Albán, el que sabe no solamente cómo curar la picada de una serpiente, se encierra en sí mismo cada vez con mayor decisión para apartarse de las energías negativas que lo circundan. Otro tanto harán Juan Cancio y el indio Cansari.

Una percepción maravillada de la naturaleza e, incluso, de la dura pero misteriosa realidad tiende vínculos entre el pasado y el presente. En “Conflictos sociales, guerra y Pax Hispana”, capítulo de la *Historia general de Panamá* de Alfredo Castillero Calvo se lee:

En 1709 se sublevan los indios de Talamanca, en la frontera costarricense, encabezados por el sukia Pablo Présbere. Asesinan al padre Rebullida y a otros franciscanos. La violencia de este episodio, nunca antes conocido

en la región, produjo la inmediata reacción de las fuerzas militares, concentrándose la actividad en Alanje, de donde salieron las operaciones de limpieza para capturar a los indios rebeldes y repoblarlos en Chiriquí. Muy poco después, en 1711, y sin que se sepa si tenía alguna relación con la rebelión de indios talamanqueños, se sucedieron numerosas muertes y desapariciones misteriosas en la región de La Mesa, en Veragua, atribuidas a actos brujeriles de indios “neófitos” o recién conversos. El propio obispo Juan de Argüelles se trasladó a La Mesa acompañado de dos jesuitas predicadores y tras convocar a una gran romería a la que acudieron cientos de campesinos, exorcizó el cerro donde los indios celebraban sus ritos. Luego de esto, las autoridades civiles apresaron a los cabecillas y los quemaron en la hoguera.¹⁹

En la novela de Candanedo hay un eco de estos hechos que resuenan en la montaña sagrada (que corresponde al volcán) y en la celebración de Las Claridas entre los indígenas. Don César era un admirador de Roa Bastos, de modo que identificaba en el hombre natural la mentalidad sustentada en el mito o en lo telúrico.

El perseguido (1986) es la novela de Candanedo ganadora del Miró en 1986. Contiene siete partes: El comienzo, La vida ha tomado otro rumbo, Tiempo duro, Camino de Soloy, De nuevo se amarró los pantalones, Siempre el agua y El final. A diferencia de *Los clandestinos* y *La otra frontera* en la que los personajes son colectivos, *El perseguido* estructura paulatinamente la imagen de Gabriel, quien vive desde su niñez en calma silenciosa, y al que veremos crecer, fortalecerse, sufrir y morir como todo ser humano. Al personaje lo sigue con ánimo de alcanzarlo un tiempo repetido, porque lo que parece ser el presente del texto escrito (1902-1903) el lector lo puede relacionar con el presente del proceso de la escritura de Candanedo (década de 1980). La dura persecución que en la escritura es la experiencia del personaje, puede ser la experiencia de esto “otro” que acontecía en la realidad extratextual en el Panamá de los 80.

Pero, fundamentalmente, me parece que en la novela circulan dos ideas básicas que aplico al momento actual:

El perseguido es el que sabe: Ño Cruz Albán (Juan Cancio,

Cansari) y Gabriel. Éste, que escribe con letra cuidada y elegante, que sabe razonar, dirigir y guiar a los otros, tiene una sabiduría diferente a la de Ño Cruz, pues el viejo, el consejero, sabía más allá del misterio de la vida y de la muerte, de la naturaleza y del hombre (no se puede curar, razonando, la mordedura de un víbora; pero sí se puede si se tiene el saber ancestral.) Ambos, se autodefinen de acuerdo con su clase social y su nacionalidad, pero, también se hacen conscientes de la existencia de los “otros” que les hacen percibir las diferencias. Cruz Albán y Gabriel se autodefinen por su concepción del valor de la libertad, de la tierra y del agua: ambos promueven una relación ecológica con el entorno. Juan Cancio y Cansari añaden una autodefinición de tipo étnica y política.

Dando un paso fuera de la narración, en este otro contexto, el del lector del año 2006, la novela pone el dedo en la llaga: frente a las presiones económicas actuales, los panameños debemos autodefinirnos considerando las relaciones ecológicas (en primer lugar) y las histórico-culturales, enlazándolas íntimamente con las económicas que circulan por los mundos. Hagamos la experiencia de investigar qué piensa hoy la gente de Salamanca, Salamanquita y Boquerón (¿Tercer mundo?). A la orilla del lago, crece el maíz (con el que los hombres se ganan la vida) sembrado en los pampas.² Estos son terrenos libres, libres, libres que quedan fuera o bajo las aguas según sean reguladas las aguas del lago Maddem y hoy, como en la novela, sin que se sepa con certeza qué cambios producirán las ampliaciones del Canal, seguramente sienten que el futuro es incierto. Su producto, el maíz, certifica que ellos son los propietarios de esa tierra que se hunde en el agua del lago y que reaparece cada año llena de vida.

Tengamos cuidado. No es cierto que Panamá sea un mundo que está dentro del mundo. Somos muchos mundos. Aquí hay primer mundo, segundo, tercero, cuarto y hasta quinto mundo. Todos los que habitamos estos mundos somos panameños. ¿Vamos todos, en la misma medida, a utilizar la máquina “tormentaria” para tomar, por los dólares, el primer mundo? ¿Ahora sí cobraremos los intereses por tanto “ducado doble” que proveyeron las riquezas naturales de Castilla del Oro?

Notas

1. Cf. Teun van Dis, *Ideología*, Barcelona, Gedisa Editorial, 1998, p. 62.
2. Ricardo Segura. “Algunos rasgos del sistema literario panameño” en *Reflexiones en torno a la historiografía literaria panameña*, Panamá, IDEN, 1999.
3. Según mi percepción, en algunos trabajos de Rodrigo Miró, “el género novelesco” incluye tanto el cuento como la novela.
4. Miró menciona como “regionalistas” a César Candanedo, José María Sánchez, Carlos Francisco Changmarín, Mario Augusto Rodríguez y Ramón H. Jurado.
5. Rodrigo Miró, *El cuento en Panamá* (1949), Panamá, Editorial Universitaria, 1996.
6. Ramón H. Jurado, *Itinerario y rumbo de la novela panameña*, 1953, Panamá, Editorial Cultural Panameña, 1972.
7. No queda claro si es en el rincón o en la nación en donde actúa el capitalismo sin dejarse reducir.
8. Ismael García, *Historia de la literatura panameña*, 1964, Panamá, Manfer S. A., 1986.
9. Baltasar Isaza Calderón, *Estudios literarios*, Panamá, Ediciones Cultural Panameña, 1957.
10. José Mancisidor, Citado en “Dos palabras”, introducción a la edición de la Librería Selecta. Panamá. s/f.
11. Franz García de Paredes, *Panamá. Cuentos escogidos*, San José, EDUCA, 1998.
12. Ibid., p. 9
13. Nathan A. Scott, *Modern Literature and the Religious Frontier*. New York: Harper and Brothers, 1958.
14. Blancos, rubios.
15. Yolanda Judith Hackshaw Mathews, “Tipología y funciones del espacio en la novelística de César Candanedo”, tesis de maestría para optar al título de Magister en Literatura Hispanoamericana, Universidad de Panamá, 1998.
16. Rodrigo Him Fábrega, *Configuraciones simbólicas: Estudios sobre la novela panameña de la fase vanguardista*, 2001, Panamá, Editorial Mariano Arosemena, 2002.
17. Antoni Royo, *La ocupación del Pacífico sur costarricense por parte de la compañía bananera. (1938-1994)* <http://www.fcs.ucr.ac.cr/~historia/articulos/2003/zonasur.htm>
18. Así mismo como he dicho, este segundo capítulo tiene una función explicativa, y si lo pensamos como unidad en sí mismo, lo percibiremos como un nexo entre el primero y el tercer capítulo.
19. Alfredo Castillero Calvo, “Conflictos sociales, guerra y Pax Hispana”. *Historia general de Panamá*, vol. I, tomo I, Bogotá, D’Vinni Impresores, 2004.
20. pampón: f. Pa. En las inmediaciones del lago, tierra libre enriquecida por las crecientes, que queda al descubierto cuando bajan las aguas en virtud de que han sido abiertas las compuertas de la represa.